



UNA SABIDURIA PERDIDA

## EN LA MUERTE DE JOSUE DE CASTRO

«La mesa del pobre es escasa, y el lecho de la miseria es fecundo»: con esta frase que aparece al frente de su libro «Geopolítica del hambre», Josué de Castro —que acaba de morir— construyó toda una amplia teoría en torno a la relación entre los niveles de alimentación y las culturas, las sociedades, la demografía. Fue, con Franz Fannon —muerto también ya—, el primero en estudiar los problemas humanos del tercer mundo desde una observación no caritativa ni política, sino científica (la política se derivaría después). La relación entre hambre y abundancia de natalidad en los países subdesarrollados —y en las capas miserables de población dentro de los países ricos— le llevó a esta conclusión: «No es la superpoblación la que crea y mantiene el hambre en ciertas regiones del mundo, sino al contrario, el hambre origina la superpoblación. La superpoblación es una consecuencia, no una causa». Por lo tanto, no aceptaba ni le parecían válidas las medidas de control de las poblaciones. Por el contrario, la disminución del potencial demográfico podría restringir más aún la producción de alimentos.

Las conclusiones a las que había llegado Josué de Castro al realizar sus «mapas del hambre» (a él se debe la noción de que dos tercios de la Humanidad pasan hambre y de las distintas formas del hambre: la «oculta», por la que un individuo aparentemente alimentado sufre enfermedades porque sus alimentos son bajos en calorías; la «específica», causada por alimentos que siendo iguales en cantidad a otros de la misma especie no tienen el mismo valor nutritivo, etcétera) comenzaron con el estudio de su propio país, Brasil. Nació el 5 de septiembre de 1908 en Recife —al morir, por lo tanto, acababa de cumplir sesenta y cinco años—, doctor en Medicina y luego en Filosofía, fue profesor de Antropología y Geografía humana en Río de Janeiro. El libro que le dio a conocer en el mundo —después de otros estudios publicados en su país— fue «Geografía del hambre», referido al Brasil. Dotado de grandes condiciones de escritor, su prosa estaba al servicio de la información y

la investigación que difundía. Uno de los temas más comentados de la «Geografía del hambre» fue el capítulo dedicado al «ciclo del cangrejo», que, sin ser el más importante, era el más ejemplar: en una región húmeda del Brasil, el alimento principal de sus habitantes es un determinado cangrejo de río que a su vez se nutre y se reproduce de los excrementos humanos; pero esta situación ecológica produce una lenta degeneración del cangrejo como alimento, del hombre alimentado, de sus excrementos como alimento del cangrejo, etcétera.

Josué de Castro no se detuvo en la investigación y la teoría. Trató de poner en práctica los mecanismos que le parecían válidos, y que eran los inversos de los que se estaban empleando en el mundo, para ayudar a la solución de los problemas del hambre. Todavía en su época de profesor creó un «Servicio de previsión social y de alimentación»; los presidentes Kubitschek y Goulart le tuvieron como consejero y le enviaron como representante del Brasil a las organizaciones internacionales que estudiaban los problemas del hambre: fue embajador ante los organismos de la ONU en Ginebra, y la FAO le eligió presidente en 1952 hasta 1956. Pero al caer la democracia en Brasil, el nuevo régimen (mariscal Castello Branco) le consideró subversivo y peligroso por sus ideas de que sólo los cambios totales de estructuras sociales, políticas y económicas podrían resolver el problema del hambre, y de que las supuestas ayudas de los países ricos a los pobres no eran solamente erróneas, sino que estaban calculadas para mantener la explotación. En consecuencia, Josué de Castro fue privado de todos sus derechos de ciudadano brasileño. Los tenía de ciudadano universal, y Francia —su país de exilio y finalmente el país de su muerte— le acogió y le nombró director del Centro Internacional para el Desarrollo. Josué de Castro era un hombre internacionalmente admirado y respetado, sus teorías están citadas en todos los libros referidos al tercer mundo, y, como tantas otras, no se han puesto nunca en práctica. Es una sabiduría perdida.

■ PABLO BERBEN.

## LOS CONTEMPORANEOS

He visto en la televisión el regreso de los astronautas. Parecía como si no quisieran salir de la cápsula; como si se resistieran al señor que tiraba de ellos. Me pareció comprenderles. ¡Es tan horrible volver a los Estados Unidos! No particulari-

### REGRESO A LA ATMOSFERA

mos; simplemente, ¡es tan horrible volver! A veces basta con irse a Cadalso de los Vidrios para no volver a querer entrar en Madrid. Alguien me dice que tiene todos los días esa sensación de astronauta que vuelve a entrar en la atmósfera. «Cada mañana, cuando me despierto, me parece como si me pusieran un pie en el pecho. ¿Cuál puede ser la explicación?». «Es muy sencilla —digo—, cada mañana, cuando usted se despierta, alguien le pone un pie en el pecho». Otra persona me hace ver que peor fue lo que les pasó a los astronautas soviéticos del último vuelo tripulado: cuando entraron en la atmósfera, se murieron.

Y es que, efectivamente, la URSS es un país bastante incómodo. ¡Hay censura! Lo oí explicar el jueves de la semana pasada en la televisión, que tanto me nutre espiritualmente (y para eso está). Me lo explicó un señor cuyo nombre, como se dice en los periódicos, sentimos no recordar, y otro señor escritor llamado Vintila Horia, rumano que ahora es español. Por cierto que el señor Sánchez Ocaña, que le presentaba, dijo que el señor Vintila Horia había rechazado el premio Goncourt de la Academia Francesa, cuando el premio Goncourt no es de la Academia Francesa, sino de la Goncourt, como su propio nombre indica. Recuerdo muy bien lo que pasó con el Goncourt de 1960 porque yo entonces era habitante de París. Se lo dieron a «Dieu est né en exil», del señor Horia, y alguien le denunció por nazi. Dijeron que el escritor había sido colaboracionista con los alemanes, que había pertenecido a la guardia de Hierro de Codreanu, que había sido antisemita. Una parte de la opinión pública se puso al lado del señor Horia. Y yo también. Me parecía inverosímil que el valor de una novela estuviera en relación con el pasado del

señor Vintila Horia.

Ni con su presente. La Academia Goncourt estaba embarazada —en el mal sentido de la palabra—, y no sabía qué hacer con su premio, si dárselo al escritor o negárselo al nazi. La situación se resolvió

con la renuncia voluntaria del señor Vintila Horia. Que tuvo en España una patria de adopción inmediata, y en «Ya», unas columnas frecuentes a su disposición, para expresar su ideario político. Con discusión, con renuncia o sin ella, la novela del señor Horia sigue teniendo el valor absoluto de un premio Goncourt.

El señor Horia y el otro caballero explicaron cómo es la censura en la Unión Soviética. Está instalada en un edificio que, además, es gris —matizando, como es cosa de escritores, uno diría «grisáceo»—, dentro del cual hay distintos departamentos, dedicados a novela, teatro, ensayos, libros extranjeros, etcétera. En estos despachos hay unos funcionarios desconocidos que leen los libros y determinan si se pueden publicar o no. A veces, estos funcionarios o sus superiores llegan a dialogar con los escritores, proponiéndoles algunos cortes. ¡Horrible! Eso, dijo el señor Horia, no es vida para el escritor. Algunos han de escoger el exilio, como él mismo, aunque lo escogiera, quizá, no por razones literarias. Otros viven en lo que acertadamente llamó «el exilio interior». Este es, por cierto, el título de un libro, de una novela que escribió un español en París, Michel de Salaberry, «L'exil intérieur», contando su infancia en la posguerra madrileña.

Siendo aficionado a escribir, comprendí el terrible mundo de la censura soviética explicado por los dos testigos a los que acudí Televisión Española, testigos, sin duda, de excepción. Aquellas imágenes y aquellas palabras me suministraron la pesadilla de la noche. Soñé que era escritor y que vivía en un país donde en un edificio gris unos funcionarios desconocidos señalan los libros que deben publicarse y los que no.

Y, al despertarme, volví a entrar en la atmósfera.

POZUELO